

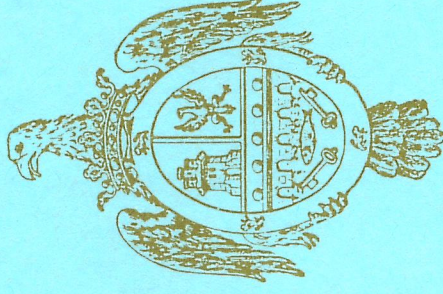
PREGON

de la Romería de la Virgen de la Cabeza

pronunciado por

JOSE MANUEL CABALLERO BONALD

el día 18 de abril de 1982



Andújar
MCMLXXXII

A-398
CAB
pre
Alcalá Vencoslada

Señoras, señores:

La verdad es que me siento como si hubiese sido designado para cumplir una misión que rebasa con mucho mis capacidades y —lo que es todavía más evidente— mis merecimientos. Si he aceptado este difícil papel de pregonero de la universal romería de la Virgen de la Cabeza, se debe a dos razones fundamentales: en primer lugar, a mi amor de andaluz por un enclave privilegiado de nuestra geografía y nuestra historia y, especialmente, a que el honor que se me hace eligiéndome como pregonero es el mismo honor que yo aspiro a devolverle ahora a Andújar, ofreciéndole lo mejor que tengo, tanto en mi calidad de escritor —que es bien poco— como en mi calidad de andaluz —que eso sí es mucho. Agradezco pues, de todo corazón, a quienes me han elegido, la oportunidad de poder zanzar públicamente algo así como la deuda de mi emocionada predilección por esta ciudad y esta sierra, cuya oscuridad y cuya luz —por decirlo con palabras del gran poeta Luis Cernuda— son bellezas iguales.

Pienso, por otra parte, que alguien como yo —que no soy iliturgitano— hable en Andújar de su fiesta mayor, es lo más parecido que hay a un atrevimiento excesivo. Pero pierdan ustedes cuidado. No voy a cometer la temeridad o la indiscreción de pretender enseñarles nada que ya no sepan, sino que voy a limitarme a recordar algunos de los hitos históricos y culturales que hacen de Andújar, y de su entorno serrano, uno de los puntos de referencia claves en la historia y en la cultura de Andalucía. Me enorgullezco profundamente de ser ahora el portavoz de ese recuerdo. Y el improvisado emisario de los magisterios físicos y humanos de esta tierra.

Un pregonero es el que anuncia, da pública noticia de algo, avisa de un determinado suceso. Pero también es el que alaba una acción. Y eso es lo que yo voy a intentar hacer ahora: alabar, enaltecer la admirable acción iliturgitana en torno a la Virgen de la Cabeza. Una pretensión verdaderamente ambiciosa y arriesgada, porque se trata

en cierto modo de narrar lo inenarrable, de contar lo incontable, de convertir en palabras lo que sólo admite ese silencio de las intimidades fervorosas. Hay emociones que no se manifiestan, que no hace falta comunicarlas, que se sobreentienden: están ahí, calladas y sobrecogidas, brotando de la propia sensibilidad. Son como un clamor mudo. Hablar de ellas puede equivaler de alguna forma a modificar su más verídica significación. Pero tampoco hay otro remedio. Yo me encuentro ahora en esa disyuntiva: como no puedo callarme —que es lo que debería hacer— tengo que hablar ante ustedes de lo que ustedes conocen emocionadamente mejor que nadie, porque también lo han vivido con una verdad profunda y permanente. ¿Qué puedo yo, testigo ocasional, viajero de paso —aunque, eso sí, rendido ante los poderes de la naturaleza iliturgitana—, qué puedo yo descubrirles de esta ciudad ilustre, de esta inmemorial romería, que ha vencido a todos los avatares de la vida y prolonga hasta el más esperanzado presente su razón de ser humana y espiritual?

Recuerdo que hace muy pocos días estuve en Andújar y en las vertientes aledañas de Sierra Morena. Recorrí una vez más la ciudad en compañía de quienes conocen a fondo todos sus secretos, y subí hasta la baranda de nubes del Santuario de la Virgen de la Cabeza con amigos que saben hasta de la forma y el color de cada matorral cada día del año. Quisiera hacer ahora memoria de esos fascinantes itinerarios, que tantas cosas me mostraron para no olvidarlas nunca. Pasear por Andújar entre dos luces supone ir siguiendo las huellas de un pasado insigne, salvado a duras penas del paso vértiginoso de los tiempos. No es sólo la contemplación de las piedras todavía ejemplares, de los muros y pórticos aún incólumes, sino la sensación de imaginar la vida de Andújar aguas atrás de la historia. El barrio antiguo de la ciudad, con sus iglesias y palacios, con los altozanos y las bajonadas radialmente surgidas de la vieja calle Maestra, dan cuenta indeleble de esa Andújar que fué llave estratégica de la Andalucía medieval, dispu-

tada por moros y cristianos, deseada y perdida como en una sucesión de predilecciones, símbolo quizás de esa tolerancia civilizadora que no ha dejado nunca de propagar su ejemplo por estas tierras.

Cuando uno baja de Castilla y atraviesa ese auténtico bastión fronterizo de Sierra Morena, siempre nota algo en el aire que no sólo parece cambiar el cuerpo de la geografía, sino también el alma de la historia. Es, por supuesto, una impresión suministrada por el paisaje, pero no exclusivamente por el paisaje. Es como el aliento, la emanación placentera de un mundo distinto, como el contagio ritual de una manera de ser y un estilo de vida plenamente diferenciados. Y eso se nota íntegramente, creo yo, cuando se percibe la vieja plata itinerante del padre Guadalquivir —o el tributario Jándula— por los campos de Andújar.

*Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles ya que no doradas,*

llamó Góngora a ese caudal de luz que alumbra ciertamente con su curso todas las historias, tradiciones, realidades y sueños de nuestra tierra. Pues bien, yo pienso que es en el maravilloso término de Andújar donde esa imagen de la patria andaluza adquiere su más expresiva evidencia. Entre la vega del Guadalquivir y las cumbres y ondinas de la vecina Sierra Morena, se produce como una síntesis física que anuncia ya la entrada en otra síntesis espiritual: esa confluencia de culturas que hizo posible la definitiva cristalización de nuestra personalidad y nuestra peculiar manera de entender la vida. Ese mundo de tan diferenciadas especies de hermosura que hasta los "Cien mil hijos de San Luis" tuvieron que presentarle las armas de la admiración. Antes de perderlas, se entiende.

La variedad de la naturaleza es también como un reflejo de la variedad de la historia: lo disperso que termina cimentando la unidad ¿Quién que suba desde los olivares y los labrantíos de Andújar hasta los colindantes



declives montañosos, dejará de sentir la impresión de que esa diversidad de paisajes parece dar origen a una armonía suprema de la vida, a nuestra junta y milenaria cultura de la tierra, es decir, a nuestra fecunda personalidad humana? Por eso me refería a esa sensación de abrir la inmensa puerta de Andalucía que se experimenta al atravesar las vecindades de Andújar. Esa próspera, exuberante campiña que se entra por los ojos e invade el alma, es como el heraldo de una hermosa física y de una nobleza histórica que a todos nos corresponde por igual. Es como el reparto equitativo de un regalo prodigioso.

Señalaba antes, que pasar por Andújar suponía regresar a todo el ilustre trayecto de su pretérito. Lo que fué recinto amurallado de la ciudad medieval sigue siendo una especie de sensitivo emblema de su presente. Es algo que forma parte del corazón iliturgitano y debe ser salvaguardado a toda costa de la piqueta del tiempo. Respetar las piedras también equivale a respetar la memoria. Hace poco —decía— me he asomado a los zaguanes y patios de esas mansiones solariegas, he transitado por estos callejones de preclaros bautismos gremiales, he admirado estas viejas iglesias donde el gótico y el renacimiento se funden a la máxima temperatura del arte, me he sumergido en el clima humano y artístico de una ciudad que se ha adaptado ufanamente al progreso, sin tener que renunciar por ello a sus tradiciones mejores. Pero mientras caminaba por estas recoletas calles de Andújar, me iba acordando, iba restableciendo en la memoria el contenido rigurosamente andaluz de la ciudad. Hay algo en todo este pequeño laberinto callejero que me hace pensar siempre en una Andalucía donde se funde Jaén con Córdoba y donde —en otro sentido— parece ya muy próxima mi zona nativa de Jerez. Aparte de las apariencias arquitectónicas —sobre todo, el barroco o el neoclásico de algunas casas palaciegas—, existe como una impregnación cultural que brota del mismo afectivo sentimiento ciudadano. Y mientras iba ordenando estas ideas, me acordaba también de que por

aquí se irguió la casi legendaria Iliturgi, ciudad soberana, república libre de los túrdulos antes de ser dominada por Roma. ¡Qué deslumbrante tentación para establecer ya ahí, en ese enclave de la libertad prerromana, todo ese largo, inagotable ejemplo iliturgitano en los más remotos preámbulos de la identidad andaluza!

¿Cómo no traer ahora a colación el protagonismo de la ciudad en tantos capítulos esenciales de nuestra particular historia territorial? No necesito referirme ni a los preclaros dominios árabes o almohades ni a esa fortaleza cristiana en que se convirtió la ciudad, tras el reparto de sus tierras a manos de las órdenes militares. Me basta con fijar a fines del XVIII el arranque de un paradigma de nobleza civil y de integración en la causa de la libertad. Ya por entonces era Andújar ciudad realenga y cabeza de partido, y algún síntoma de rebeldía popular contra los abusos de poder y el mal gobierno, parecía haber propiciado la siembra de la semilla justiciera. Una actitud que va a consolidarse con la derrota de los franceses por estos pagos y la firma del convenio de capitulación que, aunque en la práctica durara poco, marcó una pauta liberal ya inamovible. Esa primera humillación napoleónica en Europa, acaecida aquí mismo, tuvo mucho de camino nunca borrado. Frente a la represión antiliberal y los desmanes del absolutismo, Andújar levantó —en parte o comunitariamente— la limpia bandera de la dignidad popular. Me refiero sobre todo al papel que jugó en el movimiento juntero andaluz de 1835. Como se sabe de sobra —y aquí mismo hay historiadores que lo han dejado muy claro—, ese movimiento alcanza todo su significado con la creación en Andújar de la Junta Suprema de Andalucía, que integraba a representantes de todas las provincias. Cada vez resulta más notorio que ese importante hecho histórico constituye el más claro antecedente del despertar del sentimiento autonómico y de la búsqueda de la identidad andaluza.

Podría extenderme en tales argumentaciones, pero no

es ésta la ocasión. Solo quería recordar ahora —muy de pasada— esa estirpe iliturgitana de pionera en la lucha por alcanzar nuestras libertades públicas y en la cimentación de ese ideal andaluz que terminó de plasmar Blas Infante. Y quería apoyarme precisamente en esos datos porque, a mi juicio, tal vez haya que buscar por ahí algunos de los básicos soportes de la idiosincracia de la ciudad, y de ese espejo de fervor y convivencia cívica que es la romería de la Virgen de la Cabeza. Aludía más arriba a que, durante mi última visita a Andújar, después de caminar por la nocturna delicia de su antiguo reducto urbano, quise subir a la sierra, hasta el sagrado nido mineral del santuario. Pero antes fuí invitado a una fiesta previa, como de anticipo privado de la romería, que organiza el Hermano Mayor. Aunque parecza anecdótico, me interesa mucho referirme a ese gratísimo episodio porque allí descubrí muchos ingredientes de esa Andalucía libre por la que siempre se desvivió Andújar. Allí abundaba la alegría saludable, y el buen vino nuestro de cada día, y el cante y el baile, y esa jocunda manera de ser andaluz, y esa mezcla, en fin — tan nuestra—, de recóndito panteísmo, de devoción mariana y de extroversión jaranera. En la fiesta había naturalmente ajeteos, jolgorios, apreturas, pero no vi ni una mala cara ni oí una palabra más alta que otra, a no ser las de los vivos a la Virgen de la Cabeza, a los Hermanos Mayores y a otros incontables hermanos menores. De pronto, en un rincón, una muchacha empezó a cantar por bulerías, entre un corro de oyentes entusiastas. El eco del cante se abría como una flor terrible bajo la cúpula luminosa de la mañana. Era una voz por cuyos entresijos discurría una manifiesta antigüedad racial. Cuando me acerqué y vi a la mujer que cantaba creí reconocer en ella las señas de la mensajera de los duendes iliturgitanos. Su ademán, su expresión, la tensa movilidad de sus manos, tenían algo de símbolo anticipado de la romería. Allí estaba personificada la pasión de un pueblo y sus ejecutorias de verdad. Rodeada de aquel clima tan hermanadamente festivo, la muchacha que cantaba me enseñó en unos pocos

minutos la inacabable virtud integradora de otra forma de canción: la de los romeros que suben, a pie o a caballo, como pueden, hasta la cumbre de todas las emociones y de todas las posibles expansiones del corazón. Esa fiesta era, efectivamente, un preludio de algo decisivo que está empezando a ocurrir durante todo el año; que alcanza su plena culminación el último domingo de abril, y que vuelve a prepararse para comenzar desde el mismo día siguiente al de la romería.

Luego subí hasta el santuario, por el serpenteante camino de Las Viñas. Alguien me dijo que ese camino tenía trescientas sesenta y cinco vueltas, una por cada día del año. O sea, algo así como una nueva metáfora relacionada con la romería: esa diaria, luminosa ascensión de un peregrinaje que no acaba nunca porque nunca se acaba de olvidar. Y todo ello en un escenario de escalofriante hermosura. No pude subir hasta el santuario, como hubiese querido, por los atajos de los caballistas. No pude acercarme a los pagos de la Alcaparrosa, a la lastra de Malabrigo, cuyos solos bautismos parecen atraernos con la sensitiva fonética de una naturaleza que tiene algo de mágica. ¡Qué nombres maravillosos, sumergidos en la antigüedad de una geografía ante cuyos impresionantes perfiles todo se vuelve más humano, se dignifica y enaltece!

*¡Qué bien los nombres ponía
quien puso Sierra Morena
a esta serranía!*

nos dejó dicho ese magistral intérprete de las soledades campesinas que fue Antonio Machado.

Me imagino la emocionada efusión de los caballistas que acuden a estas eminencias de Sierra Morena desde los cuatro vientos cardinales. Me imagino la trayectoria comunal de la vida; la madrugada rebosante de aromas y rumores; la participación sensorial de la flora y el estreme-

cimiento susurrante de la fauna; las rutas montaÑeras que arrancan de Andújar por la cuesta de Los Cerrillos. Otro itinerario de nombres sonoros y diáfanos como el agua de los manantios serranos. Ahí está el Descansadero de San Ginés, el primer refrigerio, el primer trago tonificante — es un decir — para trasponer a poco el collado que lleva a la Trocha del Madroño. Y ahí queda el puente del Lugar Nuevo, la comida ofrecida por los Hermanos Mayores, el Arroyo de los Membrillos donde abrevan los caballos como en un romance de García Lorca. Y luego la subida de la cuesta del Reventón, hasta dar vista a la Fuencubierta por la Casilla de las Flores. Y ahí está ya, encaramado a la cumbre como un aguilón real de piedra, el santuario, llama geológica alumbrando la inmensidad de los macizos montañosos. Y ya es el pueblo junto, el bosque multicolor de las insignias cofradieras tapizando la tierra de la cañada del Membrillejo, de las altiplanicies aledañas, abiertas como un pecho maternal para acoger el caudaloso fluir de las multitudes. Mientras de aquella otra lejanía, por la Cruz del Humilladero, en el Cerro de los Venados, surgen ya los últimos romeros llegados de las hondas rutas norteñas.

La ceremonia va a iniciarse y a mí me corresponde pregonarla antes de que se haya cumplido la hora exacta de su desarrollo. Qué abrumadora misión para tan limitado emisario. Me cuesta trabajo situarme en ese trance, sublimar previamente la narración de lo que todos ustedes pueden sublimar mejor que yo desde dentro. A estas alturas de mi oficio de pregonero es cuando más me siento como un intruso que pretende hacer pública la colectiva intimidad de tantas decenas de miles de romeros. Pero yo también puedo adelantarme con el pensamiento y la más encendida voluntad al prodigioso cabeza del santuario. Desde esa soñadora altura se ve lo mismo que ve el ave de más alto vuelo, un casi milagroso cerco montañoso: las sierras Madrona y Quintana, las lomas de Montealegre y Las Almohadillas, los peñones del Rosalejo, de Tamujar, de Selladores. El hondo, profundo, infinito poema de la

geografía, el gigantesco oleaje granítico que parece sustentar en vilo esa regia alegoría de la nave anclada del santuario.

Se ha hablado mucho del significado —o del crisol de significados— de la romería de la Virgen de la Cabeza. Desde hace setecientos cincuenta años —como pasa el tiempo—, cuando el pastor de Colomera Juan de Rivas descubre, en una oquedad de la tradición, a la Morenita, la de tan dulce apelativo, ¡cuántas páginas, evocaciones, literaturas, crónicas, leyendas, papeles religiosos y profanos, han corrido por el mundo a propósito de la Muy Noble y Muy Leal Andújar y de su secularmente noble y leal romería! Entre todo ese material suministrado por la historia escrita, hay algo que no parece admitir duda alguna y que no ha necesitado ser escrito. Se trata de un privilegio cronológico que viene a corroborar una verdad añadida: la de que esta romería, la más antigua conocida en nuestras latitudes andaluzas —por no salirme de la tierra—, es ciertamente la que ha dado pauta moral y normativa a las que posteriormente han venido propagándose por otros fraternos derroteros. Recordamos una vez más lo que ya decía Cervantes en “Los trabajos de Persiles y Segismunda” hace casi cuatro siglos. No resisto la tentación de acudir a la cita cervantina de “ese último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierta de la tierra se celebra tal...”. Y sigue diciendo Cervantes: “Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación de donde la tengo fija, y pintárosela con palabras, y ponérosela delante de la vista, para que comprendiéndola, viérais la mucha razón que tengo en alabárosla... Allí está el monte, o por mejor decir peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imagen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita... siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del río Jándula,

que de paso, como en reverencia, le besa las faldas; el lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos, el solemne día que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España, sobre cuantos lugares las más extendidas memorias se acuerdan”

Hasta aquí el texto cervantino. Permítaseme insistir en lo que el genio inagotable del autor del Quijote dice sobre la romería y su entorno serrano: “famoso en el mundo y célebre en España, sobre cuantos lugares las más extendidas memorias se acuerdan”. Esa innegable primacía sentimental, habla también de la remota primacía de un peregrinaje hacia las abruptas interioridades de Sierra Morena para rendir tributo a la antigua, a la menuda y delicada representación de la Virgen. Una devoción, por tanto, que se interna por las inmemoriales hondonadas de la historia y persevera en el corazón del presente.

Cualquier intento de interpretación de esta venerable romería corre siempre el riesgo de las simplificaciones. No se puede, a ciencia cierta, establecer una pauta para reducir a un mismo baremo explicativo las muchas categorías humanas y religiosas que conforman el sentido de esta fiesta. Cualquier definición es insuficiente, porque la única posible definición sería el resultado de otras muchas dispersas y complementarias definiciones. Pero sí se me ocurre algo a este respecto, relacionado sobre todo con el conjunto de caracteres que fundamentan la singularidad de esta romería. Porque, a mi juicio, es de ahí, de esa mezcla de rasgos distintivos, de donde surge su más genuína, su más verídica y unitaria virtud: la de ser una auténtica fiesta de la confraternidad y la tolerancia, de la convivencia y la civilidad. Claro que todo eso se da como por añadidura, es decir, coexiste con la primordial razón de ser de la romería: el homenaje colectivo a la Virgen, la exaltación devota de todo un pueblo. Pero ese homenaje — esa exaltación — se canaliza por una vertiente de fervores muy enraizadamente andaluces. El ritual religioso se desdobra en los mil rituales de la fiesta. La misma subida

hacia las cumbres ya tiene algo de aventura, sobre todo si se piensa en la cabalgada por los excitantes vericuetos de la serranía. Entre arboledas y matorrales, al filo de los cristales del agua, por oteros y riscos, el rumbo piadoso de la romería se asocia al siempre imprevisto perfil del regocijo. Es la concepción, elevada a su máximo rango, de esa Andalucía que reza a su manera sin dejar de divertirse a su modo. Dos actitudes perfectamente compatibles y que jamás desbordan el nivel que la propia elegancia, la propia sabiduría popular establece como ley. Si me apuran un poco, incluso también podría tener su justificación algún que otro explicable desvío de esa norma. Lo que ocurre en la romería siempre es excepcional: hay que medirlo con otra escala de valores.

En la romería se congrega un mundo de aparente diversidad social. Es lo más lógico, pero no es, desde luego, lo más destacable. Los romeros de a pie, los romeros de a caballo, los que viajan en coche por la carretera, los que peregrinan por las trochas serranas, todos son uno bajo la tutela incommensurable del cabezo. Es como si la Morenita ejerciera sobre la multitud el influjo soberano de la igualdad. Caballistas y andariegos, los que se alojan en las casas de las hermandades y los que se hospedan bajo la techumbre del cielo, se funden en una especie de pacto cuya principal cláusula ratifica la soberanía del pueblo. Por eso creo que la romería de la Virgen de la Cabeza es un paradigma de fiesta democrática. Es la consecuencia última de ese sufragio universal que propugnaba aquella Junta Suprema de Andalucía reunida en Andújar hace siglo y medio. Es la evidencia de algo limpio y transitible, de algo conciliador de verdad con lo que todos soñamos. Allí, en la alta cumbre del santuario, la convivencia se transforma en símbolo. No hay divergencias: todo converge en esa ley suprema de la libertad humana emplazada en una motivación divina. Las disputas sociales, las diferencias ideológicas, los privilegios y jerarquías, se diluyen a los pies del cabezo.

*Desde la cumbre al abismo
de este lugar soberano,
nadie es mejor que su hermano
porque todos son lo mismo.*

*La luz de estos manantiales
a cualquier parte se inclina,
y a un pueblo entero ilumina
porque todos son iguales.*

*Extensión de la verdad,
senda donde el mundo es uno,
que aquí no puede ninguno
convivir sin hermandad.*

Y así es, efectivamente. La romería tiene mucho de imán, de foco, de centro integrador de la vida entendida como generosidad y como hermandad, esa sagrada palabra que aquí engloba a una institución religiosa y también a una comunidad humana. ¡Qué utopía más esperanzadora y edificante! Ni siquiera cuando el jolgorio colectivo propaga sus reservas dionisiacas, se modifica en nada la civilizadora razón de ser de la romería. Hay un estruendo de bailes y cantes, de castañuelas y guitarras, penetrando por las espesuras de la sierra; hay un caudal del buen vino de los caminantes refrescando la alegría; hay un ritmo vertiginoso de fe y de fiesta, de piedad y de frenesí. Hay, en fin, un clamor devoto y una algarabía profana. Junto a los que se reúnen en torno a los alborozos festivos, están los que suben de hinojos, con las rodillas descarnadas y los ojos iluminados, por la dura pendiente que lleva al santuario. Al lado de quienes experimentan la unción sacral de haber tocado un hilo del manto de la Virgen, están los que sienten esa otra unción sensorial de compartir el jolgorio colectivo.

Se ha dicho, no sin razón, que en la romería se concentran efectivamente —y entre otros posibles participantes— los revestidos de devoción, los estimulados por la fiesta y los simples espectadores. Yo creo, sin embargo,

que esos tres presuntos escalafones de romeros, fundamentan aquí una misma e intercambiable forma de manifestación popular, emocionada y unitaria a fin de cuentas, fundada como una aleación de metales en torno al santuario. La fe no excluye la algazara; la penitencia no desbancan la expansión; el aliento milagroso no se contradice con la gestión sensitiva del espectáculo placentero. No hay bifurcación de caminos, sino confluencia de rumbos. Ahí reside quizá el máximo prodigio humano, el supremo código espiritual de una romería donde se engranan perfectamente la devoción y el regocijo.

Permitáseme una última consideración de carácter más o menos literario. O más o menos teórico. Si es verdad —como lo es— que el paisaje, el medio ambiental en que se desarrolla la historia del hombre, condiciona su estilo de vida, influye en su manera de ser, en sus ocios y trabajos, si eso es cierto —repito—, no cabe duda que la naturaleza iliturgitana ha propiciado en muy buena medida la vieja nobleza de sus habitantes y el despliegue sentimental de sus festejos populares. Lo digo pensando, sobre todo, en el marco natural de la romería de la Virgen de la Cabeza. Me inclino a creer que en ningún otro paraje de Andalucía podría verificarse el portento que se repite cada año en las inmediaciones del santuario. Una geografía distinta habría producido con toda seguridad una diferente historia. Pero esa magnificencia espectacular de Sierra Morena, esa orografía sobrecogedora, subliman, encauzan en cierto modo todo lo que allí ocurre cada último domingo de abril. Frente a esa naturaleza de tan pródigas especies de maravilla, todo tiene que tener un sentido y un alcance obedientes a ese impagable regalo geológico. Viene a ser como la alegoría de un pueblo fervientemente integrado en lo mejor de sus tradiciones, pero también en lo más hondo de su paisaje. Paraíso cinético, ámbito de botánicas virgindades, balcón sideral de las Andalucías, refugio de la vida más pura y del aire más libre, estas estribaciones de Sierra Morena constituyen como el escenario fabuloso de un

sueño inagotablemente hecho realidad por un protagonista colectivo: el pueblo iliturgitano.

Yo creo, quiero pensar, que ningún romero dejará de ir recordando mientras sube hasta el cabezo esa magistral lección de la flora y la fauna de la sierra. Yo también la he aprendido por boca de un sabio local en la vida y milagros de esta tierra paradisiaca. Me refiero a Benito Agenjo, a quien he oído hablar con metódico fervor de los nombres de cada rincón serrano, de las yerbas y matorrales que lo decoran, de las arboledas que lo pintan de todos los verdes que en el mundo existen, de las aguas que nutren la tierra milenaria, de la fauna que reina en cada habitación del monte. ¡Qué asignatura inolvidable! Mi romería particular ha consistido —a modo de iniciación previa, claro— en guardar en la memoria ese aluvión de sensaciones serranas, desde que atravesé las primeras viñas hasta que me interné por las últimas pistas forestales. Conservo en lo más hondo el aroma del almoraduj, el cantueso y el romero; el de los jarales, los brezales y las madroñeras. Siento aún muy dentro la sombra de los pinos piñoneros, de las encinas y quejigos, de las coscojas y alcornocues. Veo correr todavía las delgadas aguas del Jándula o del arroyo del Membrillejo, salpicando de luz los viejos troncos de los fresnos y sauces. Me imagino el vuelo heráldico del águila o del halcón peregrino, la aparición fugaz entre el ramaje de la urraca o la oropéndola, del cuclillo o el arrendajo. Oigo como en el umbral de un sueño el paso tímido del venado, el asedio sigiloso del jabalí o de la gineta, del zorro o del guardiño. Y más a lo lejos, hacia el confín brumoso del bosque, barrunto al corzo por la umbría de la Paridera o al lince por las navas de Peñarrubia. Todo un cúmulo de recompensas sensoriales que también forman parte integrante de la romería: de su externo escenario natural y de su desbordante mundo interior. De su cuerpo exultante y de su reconcentrado espíritu.

Ningún romero puede olvidar nunca que esa magis-

tral dimensión de la naturaleza es la morada real, la residencia más perfecta y genuína de la Virgen de la Cabeza. Sería absolutamente impensable que no fuera así. Sin ese entorno bullente de vida, emergiendo ahora una vez más con todas las fragantes pujanzas de la primavera, la fiesta mayor de la Morenita no sería enteramente como es. Sin ese albergue edénico en que se cobija y desde el que proclama esa comunión fraternal con la naturaleza, nada podría ser lo mismo. Pero como su monumento mejor está hecho, efectivamente, de la piedra majestuosa de la sierranía; como su refugio es el del universo natural en estado puro, todo responde más inestimablemente a la grandiosa ceremonia que, dentro de una semana, se cumplirá en las inmediaciones del cabezo. Todo está preparado: la sierra enarbola sus altos trofeos vegetales y los romeros tienen el alma en vilo y el cuerpo expectante. Yo también me siento ahora atenzado por la emoción de la espera. Y pregonó desde aquí, con la debida humildad y la solidaridad debida, un último deseo, gozoso y protocolario, que resume todo cuanto tan de veras he querido y no he conseguido decir. Ilturgitanos: ¡Viva la Virgen de la Cabeza!



100-

Edita: EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ANDUJAR
Imprime: Imprenta BLANCO, S. A. - ANDUJAR
Depósito Legal: J-185 - 1.983